

# Repetición vs. retorno. Friedrich Engels y el surgimiento del materialismo histórico.

Santiago M. Roggerone.

Cita:

Santiago M. Roggerone (2012). *Repetición vs. retorno. Friedrich Engels y el surgimiento del materialismo histórico. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-097/67>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRxp/hPU>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## ***Repetición vs. retorno. Friedrich Engels y el surgimiento del materialismo histórico***

Santiago M. Roggerone

IIGG-FSOC-UBA/ CONICET

[santiagoroggerone@gmail.com](mailto:santiagoroggerone@gmail.com)

En alguno de sus innumerables escritos, el filósofo esloveno Slavoj Žižek ha señalado tenazmente que “una de las más arteras trampas que acechan a los marxistas es la búsqueda del momento de la Caída, cuando las cosas se torcieron en la historia del marxismo”.<sup>1</sup> En el marco de esta *búsqueda del momento de la Caída*, la figura de Friedrich Engels ha sabido ser objeto de severos cuestionamientos. Como bien comenta Tristram Hunt en su maravilloso estudio biográfico sobre el autor del *Anti-Dühring*, acusándolo de mecanicista, científicista, positivista, no-dialéctico, no-humanista, etc., etc., a Engels —particularmente a aquel Engels que suele identificarse como el *viejo* Engels— ha llegado a endilgársele “la responsabilidad de los terribles excesos del marxismo-leninismo”<sup>2</sup> que tuvieron lugar en la URSS, China y el Sudeste Asiático, y hasta la culpa de que los procesos revolucionarios que durante el siglo XX parieron los primeros estados obreros de la historia, terminaran degenerándose y burocratizándose. Es en este sentido que cabría al menos, como bien propuso E. P. Thompson en *Miseria de la teoría*, negarse resueltamente a “aceptar los alegatos que siempre encuentran inocentes a Marx y a Lenin [y también a Trotsky y Rosa Luxemburg, agreguemos nosotros] y dejan a Engels solo en el banquillo de los acusados”.<sup>3</sup> Pues como plantea Žižek,

Todo este tema debe rechazarse: aquí no hay oposición, la Caída ha de inscribirse en los mismos orígenes (...)

Lo que esto quiere decir es que, aun si —o, mejor, especialmente si— uno somete el pasado marxista a una

---

<sup>1</sup> Žižek, S., “Mao Tse-tung, el señor marxista del desgobierno”, en: Mao Tse-tung, *Sobre la práctica y la contradicción*, Madrid, Akal, 2010, p. 5.

<sup>2</sup> Hunt, T., *El gentleman comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels*, Barcelona, Anagrama, 2011, p. 15.

<sup>3</sup> Thompson, E. P., citado en: Hunt, T., *op. cit.*, p. 16.

crítica implacable, primero tiene que reconocerlo como “propio de uno”, asumiendo la plena responsabilidad por él, no desentenderse cómodamente del “mal” giro de las cosas atribuyéndolo a un intruso externo.<sup>4</sup>

Al tanto de esto, una *excomulgación* de la figura de Engels debería al menos enfatizar que si bien es cierto que los esfuerzos intelectuales de los últimos años de éste estuvieron dirigidos a sistematizar y divulgar al marxismo como un sistema teórico capaz de explicar de una vez y para siempre la historia, la naturaleza, la economía y la política, fue sobre todo a través de Plejánov y la acuñación filosófica del término *materialismo dialéctico* —acuñación filosófica, vale decir, a la que hasta el propio Lenin se mantuvo fiel— que dichos esfuerzos intelectuales se metamorfosearon en un dogma estéril. No hace falta recordar aquí que bajo la égida del estalinismo, este dogma estéril “transformó los matices y las complejidades de la filosofía marxista en una rígida ortodoxia que infectaba a casi todos los elementos de la vida cultural, científica, política y privada de Rusia”;<sup>5</sup> y que gracias a la acción de la Komintern —bien lo sabemos—, lo propio sucedería en la China de Mao, la Camboya de Pol Pot, etc.

Pero tal vez, ciertamente, esta *excomulgación* no sea suficiente. Por lo tanto, lo que tal vez sería necesario, consistiría en atender a lo que un poco brutalmente podríamos llamar *la otra cara* de Engels, es decir, aquella otra faceta del pensador oriundo de Barmen-Elberfeld que fue responsable de que el materialismo histórico tomara su primera fisonomía. Deberíamos, entonces, dirigirnos hacia Berlín en los albores de la agitada década de 1840.

Para 1841, Engels se encuentra en la capital del Reino de Prusia, donde cumple con su servicio militar. No obstante, pasa más tiempo en las aulas universitarias —donde tiene como compañeros a Jacob Burckhardt, Søren Kierkegaard y Mikhail Bakunin— que en las barracas militares. Asiste a las clases de Schelling —a quien dedica un artículo en el *Telegraph für Deutschland*<sup>6</sup> y un folleto que publica por cuenta propia—<sup>7</sup> y, además, traba relación con el círculo de jóvenes hegelianos al que entre otros pertenecían los hermanos Bauer, Arnold Ruge y Max Stirner. *La vida de Jesús*, de David Friedrich Strauss y *La esencia del cristianismo*, de Ludwig Feuerbach, son sus lecturas habituales. Hacia fines de 1842, se encuentra a punto de trasladarse a

---

<sup>4</sup> Žižek, S., “Mao Tse-tung, el señor marxista del desgobierno”, *op. cit.*, p. 6.

<sup>5</sup> Hunt, T., *op. cit.*, p. 359.

<sup>6</sup> Cfr. Engels, F., “Schelling sobre Hegel”, en: Marx, K. y Engels, F., *Escritos de Juventud*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

<sup>7</sup> Cfr. Engels, F., “Schelling y la revelación. Crítica del más reciente intento de la reacción contra la filosofía libre”, en: Marx, K. y Engels, F., *Escritos de Juventud*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Manchester, donde habría de completar su formación comercial en la sucursal inglesa de la empresa familiar Ermen & Engels. Antes de arribar a la megalópolis industrial británica, pasa por Colonia, donde Moses Hess lo convierte al comunismo y donde, asimismo, tiene lugar un frío y distante encuentro con el joven Dr. Karl Marx, quien por entonces desde las páginas de la *Rheinische Zeitung* mantenía una férrea disputa con la censura prusiana.

El funcionamiento despiadado del capitalismo que pudo presenciar directamente, por primera mano, en las calles de Manchester, ofrecería un contenido sustancial para su abstracto comunismo hessiano; varios años más tarde, precisamente en relación a esto, recordaría:

En Manchester observé de manera tangible que los hechos económicos que hasta ahora no han tenido importancia, o que sólo han tenido un peso desdeñable en la historiografía, son, al menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva. Aprendí que los factores económicos eran la causa fundamental de la colisión entre las clases sociales. Y me di cuenta de que en un país altamente industrializado como Inglaterra, la colisión de las clases sociales está en la raíz misma de la rivalidad entre las partes y de que tenía una importancia crucial a la hora de rastrear el curso de la historia política moderna.<sup>8</sup>

Toda la serie de contactos que Engels iría estableciendo durante su estadía en Manchester, sería decisiva para el rumbo de su itinerario intelectual. De John Watts —a quien conoció en el owenista *Hall of Science*—, tomaría la crítica ejercida a la economía política de Adam Smith y Robert Malthus; de los cartistas George Julian Harney y James Leach, la aproximación al incipiente movimiento obrero organizado; de Thomas Carlyle, la denuncia a la edad mecánica. Pero sería sobre todo de la obrera irlandesa Mary Burns de quien Engels obtendría las mayores enseñanzas; pues además de en breve convertirse en la compañera de toda una vida, ella lo guiaría a través de los tugurios de Manchester y constituiría un informante clave para efectuar el trabajo empírico que nutriría las páginas de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

En lo fundamental, esta obra constituía un ejemplar trabajo etnográfico de observación participante, donde mediante una prosa lacerante se exponía sin obviar un solo detalle, la terrible situación que padecía el proletariado de la Inglaterra victoriana. Mediante un exhaustivo trabajo empírico y teórico, en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels denunciaba la explotación y los crímenes sociales que la burguesía cometía diariamente contra la clase obrera; daba cuenta de los accidentes, enfermedades, adicciones y problemas habitacionales a los que

---

<sup>8</sup> Engels, F., citado en: Hunt, T., *op. cit.*, p. 84.

eran susceptibles los trabajadores; se refería a cuestiones urbanísticas y a los problemas de la inmigración y la prostitución; etc., etc. Ciertamente, se trató de un texto pionero del materialismo histórico —algo que hasta el propio Marx reconoció abiertamente en más de una ocasión—, pues tal como Engels lo afirmaba en el prefacio escrito el 15 de marzo de 1845, el mayor mérito de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* consistía en otorgar una *base real* al comunismo.

Particularmente para Alemania, la exposición de las condiciones de la clase proletaria del imperio británico —y especialmente en el momento presente— tiene gran importancia. El socialismo y el comunismo alemanes han nacido, más que de otra cosa, de hipótesis teóricas; nuestros teóricos alemanes conocían todavía muy poco del mundo real, para saber que estas condiciones reales habrían debido empujarnos directamente hacia la reforma de esta “desgraciada realidad”. Al menos, de los conocidos representantes de tales reformas, no se ha llegado al comunismo sino a través de la disolución de la especulación hegeliana, cumplida por obra de Feuerbach. Las verdaderas condiciones de vida del proletariado son tan poco conocidas entre nosotros, que aún las bien intencionadas “Sociedades por el mejoramiento de la clase trabajadora”, en las cuales nuestra burguesía maltrata la cuestión social, continuamente ponen en circulación las más ridículas y absurdas opiniones sobre las condiciones de vida de los trabajadores. Para nosotros, los alemanes, es necesario ante todo, el conocimiento de los hechos en tal cuestión. Aunque las condiciones del proletariado alemán no sean tan clásicas como las inglesas, todavía tenemos como base el mismo orden social, que podrá, en breve o a la larga, ser empujado al mismo punto culminante a que ha llegado del otro lado del Mar del Norte, a menos que, a tiempo, la prudencia de la nación tome medidas que den a todo el sistema social una nueva base. Las mismas causas fundamentales que en Inglaterra han determinado la miseria y la opresión del proletariado, existen también en Alemania y deben dar con el tiempo igual fruto. Pero, entretanto, la manifiesta miseria inglesa nos ofrecerá una ocasión para comprobar nuestra miseria alemana, y una pauta para que podamos calcular su extensión y la importancia —puesta en evidencia en los desórdenes de la Silesia y Bohemia— del peligro que amenaza en esta parte la quietud de la Germania.<sup>9</sup>

Antes de publicar este libro, Engels pasaría por París. En febrero de 1844, en los *Duetsch-Frazösische Jahrbücher* que conjuntamente editaron Ruge y Marx, aparecerían dos artículos suyos: una reseña de un libro de Carlyle y unos *Esbozos para la crítica de la economía política*. La importancia de este segundo texto para Marx —quien a la distancia de 1859 seguía recordándolo como un “genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas”—<sup>10</sup> sería decisiva, pues a partir del preciso momento en que lo leyó y hasta el final de su vida, se dedicaría casi exclusivamente a la crítica de la economía política —hecho que quedaría registrado en la inmediata redacción de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, a la que por entonces el

---

<sup>9</sup> Engels, F., *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Buenos Aires, Futuro, 1946, pp. 23-24.

<sup>10</sup> Marx, K., *Introducción a la crítica de la economía política*, Buenos Aires, Anteo, 1974, p. 9.

pensador oriundo de Tréveris se volcaría—; tal como Engels comentó en el prólogo a la cuarta edición alemana de *El capital*, es de destacar que en este período Marx “aún no entendía el inglés [cosa que Engels sí] y leía a los economistas ingleses en versiones francesas”,<sup>11</sup> lo que ilustra bastante bien lo avanzado que estaba nuestro autor respecto de su amigo.

Tras la aparición de los *Esbozos* en los *Duetsch-Frazösische Jahrbücher* —publicación que incluía también a *Sobre la cuestión judía* y *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción*—, se daría el segundo encuentro entre Engels y Marx. Por aquel entonces, el pensador de Barmen-Elberfeld contaba con lo que Marx precisamente no: toda una serie de experiencias concretas que lo habían conducido a investigar la estructura económico-social en donde se había formado el proletariado. Antes que Marx, Engels había llegado a la conclusión de que la economía política inglesa representaba una justificación del capitalismo, pues partía de lo que debía explicar, todo en ella se encontraba invertido —el influjo que ejercía Feuerbach en este sentido, era explícito. No por nada Marx señalaría en 1859 que, por distintos caminos, él y Engels habían llegado “al mismo resultado”,<sup>12</sup> pues si el primero arribó a una concepción materialista de la historia tras observar durante la época de la *Rheinische Zeitung* que en la práctica el Estado poco tenía que ver con lo que Hegel planteaba en la teoría —y, en función de ello, tras emprender una feroz “revisión crítica”<sup>13</sup> de los *Principios de la filosofía del derecho* y tomar contacto con los círculos socialistas parisinos—, el segundo lo hizo luego de advertir que en la práctica el funcionamiento del capitalismo poco tenía que ver con lo que la economía política inglesa planteaba en la teoría —y, en función de ello, tras emprender una feroz revisión crítica de la misma y tematizar la verdadera situación a la que se encontraba encadenado el proletariado.

En sí, los *Esbozos* constituían una discusión de las categorías centrales de la economía política, tal como se manifestaba en las obras de Malthus, Smith, Ricardo, MacCulloch, Mill y Say. Empleando un incisivo tono de denuncia moral, el texto atacaba de plano a la economía política, afirmando fuertemente que la misma representaba un “sistema del engaño permitido, una completa ciencia del enriquecimiento” —en fin, el “egoísmo más repulsivo”.<sup>14</sup> Pero además de indignarse, denunciar y criticar, en los *Esbozos* Engels proponía que los hombres se hicieran de

---

<sup>11</sup> Engels, F., “Prólogo a la cuarta edición”, en: Marx, K., *El capital*, I/1, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 34.

<sup>12</sup> Marx, K., *Introducción a la crítica de la economía política*, op. cit., p. 9.

<sup>13</sup> Marx, K., *Introducción a la crítica de la economía política*, op. cit., p. 6.

<sup>14</sup> Engels, F., “Esbozos para una crítica de la economía política”, en: Marx, K., *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Colihue, 2004, p. 3.

su propio destino y así logaran extirpar la contingencia y el azar que mediaban las relaciones sociales.

Si los productores, como tales, supieran cuánto necesitan los consumidores; si organizaran la producción; si se la repartieran entre sí, entonces la oscilación de la competencia y su tendencia a la crisis serían imposibles. Produzcan con conciencia, como hombres, no como átomos desparramados, sin conciencia genérica, y pónganse por encima de todos estos contrarios artificiales e insostenibles. Pero mientras ustedes continúen produciendo como en la actualidad, de forma inconsciente e irreflexiva, abandonada al dominio de la casualidad; mientras las crisis comerciales permanezcan y cada una deba ser más universal y, por lo tanto, peor que la precedente, debe empobrecerse una mayor cantidad de pequeños capitalistas y aumentar en relación creciente el número de la clase que vive solo del trabajo; en suma, debe ampliarse día a día la masa del trabajo del que hay que ocuparse, el problema principal de nuestros economistas y, finalmente, debe provocarse una revolución social como el dogmatismo de los economistas no puede soñar.<sup>15</sup>

Es interesante advertir que, sin saberlo, en estas líneas Engels se encontraba empleando dos términos a los que por entonces Marx también apelaba en sus contribuciones a los *Duetsch-Frazösische Jahrbücher* —justamente a esta situación era a la que el segundo se refería en 1859, cuando señalaba que los distintos senderos de ambos en este momento se encontraban confluyendo. El primero de estos términos —el de *conciencia genérica*—, trataba de un concepto netamente feuerbachiano —y hay que decir en este sentido que los *Duetsch-Frazösische Jahrbücher* donde aparecieron los *Esbozos* de Engels y la *Introducción* de Marx, eran en sí una publicación feuerbachiana, pues su nombre aludía a una de las *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía* en donde el pensador de Bruckberg afirmaba que “el filósofo verdadero, el filósofo idéntico a la vida y al hombre (...) [debía] ser de estirpe galo-germánica”,<sup>16</sup> vale decir, poseer una cabeza alemana y un corazón francés, unir “el arma de la crítica (...) a la crítica de las armas”,<sup>17</sup> para decirlo con Marx—; respecto al segundo de los términos —el de *revolución*—, hay que señalar que mientras Marx había llegado a él gracias a los contactos mantenidos con Pierre-Joseph Proudhon y Flora Tristán, Engels lo había hecho al inferir que la situación en la que se encontraba el proletariado no podía durar por mucho tiempo más —más tarde o más temprano, la misma debía trastocarse radicalmente.

---

<sup>15</sup> Engels, F., “Esbozos para una crítica de la economía política”, *op. cit.*, pp. 25-26.

<sup>16</sup> Feuerbach, L., “Tesis provisionales para la reforma de la filosofía”, en: Feuerbach, L. y Marx, K., *La filosofía del futuro – Tesis sobre Feuerbach*, Buenos Aires, Calden, 1969, p. 42.

<sup>17</sup> Marx, K., *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción*, Buenos Aires, Del Signo, 2004, p. 61.



En este sentido, no fue un hecho meramente fortuito que, tras el encuentro de ambos pensadores en París y el posterior establecimiento mutuo en Bruselas, aquellas obras que escribieron conjuntamente —*La sagrada familia* y *La ideología alemana*— se distinguieran por mantener un profundo respeto por las figuras de Proudhon y Feuerbach; en efecto: en tanto en *La sagrada familia* se reivindicaba el punto de vista del obrero francés para denostar a unos *críticos-críticos* hermanos Bauer, en *La ideología alemana* —si bien delimitándose de su materialismo— se cerraba filas con el pensador de Bruckberg para atacar a Stirner y al resto de las tendencias que formaban parte del movimiento jovenhegeliano. Ahora bien, hay que decir que al menos algo de este respeto se perdió con la feroz y en parte injusta crítica que Marx lanzó al autor de *¿Qué es la propiedad?* en *Miseria de la filosofía* —cosa que no puede decirse que haya sucedido en la misma medida con el autor de *La esencia del cristianismo*, como queda claro al leer lo vertido en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, libro que Engels escribiría finalizando su vida.

El derrotero que siguió al establecimiento en Bruselas y la publicación de *La sagrada familia* y *La ideología alemana*, es hartamente conocido. La intervención en la *Bund der Kommunisten*, llevaría a los amigos en 1848 a redactar conjuntamente el *Manifiesto* y participar activamente —Marx a través de las páginas de la *Neue Rheinische Zeitung* y Engels mediante la agitación desperdigada en las barricadas— de las jornadas revolucionarias alemanas. La derrota de 1848 y el reflujo que siguió a ésta, obligaría a Marx y Engels a nuevamente emprender el arduo camino del exilio. El destino sería Inglaterra, donde durante los próximos veinte años nuestro autor sacrificaría los mejores años de su vida para que su amigo escribiera *El capital*. Durante ese tiempo, Engels se alejó del mundo intelectual y se dedicó de lleno a la actividad industrial algodонера. Sus siguientes trabajos de importancia —*Dialéctica de la naturaleza*, el *Anti-Dühring*, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado*, etc.—, recién verían la luz hacia el final de la década de 1870.

Como sugeríamos al inicio de la presente ponencia, lo que la historia nos cuenta es que este Engels maduro ya no era aquel que —para emplear el vocabulario que popularizó Louis Althusser a través de la tesis del quiebre epistemológico— tenía que ver con un joven y cálido Marx, eminentemente dialéctico y humanista. En lo fundamental, se trataba de un *viejo* Engels, responsable del enfriamiento, vulgarización, desdialectización y deshumanización del marxismo.



Esta visión sobre Engels tomó su mayor cariz en occidente tras la estalinización del proceso revolucionario soviético y, a partir de entonces, dominó durante prácticamente todo el siglo XX.

En relación a todo esto, hay que decir que resulta por lo menos curioso que tras el colapso de la URSS, cuando la muerte de Marx parecía haberse decretado oficialmente, comenzara a afirmarse por doquier que en realidad al menos *algo* de él continuaba vivo. En sus *Espectros de Marx*, Jacques Derrida afirmaba por ejemplo que lo que persistía del difunto era un *legado* que había que saber *heredar* para poner punto final al *acoso espectral*; otro tanto sucedería con Gilles Deleuze, quien hasta el preciso momento de su muerte se halló trabajando en un libro sobre Marx. Era como si al momento de su muerte, aquellos infieles que tras haber traicionado la causa y, a lo largo de toda una vida, buscado —para decirlo en términos afines al postestructuralismo— *diseminarla*, se sintieran obligados a volver sobre sus pasos y *retornar* al lugar del que habían partido. Žižek tal vez está en lo cierto cuando sugiere que hoy en día —casi veinte años después de la aparición de *Espectros de Marx*—, pese a la profunda crisis en la que el capitalismo se encuentra, el panorama no parecería ser muy diferente.

En el pasado cristiano, era habitual que gentes que habían llevado vidas disolutas regresaran al seguro refugio de la Iglesia cuando se hacían viejos, de manera que pudieran morir reconciliados con Dios. Algo similar está sucediendo hoy día con muchos izquierdistas anticomunistas. En sus años finales regresan al comunismo, como si, después de una vida de traición depravada, quisieran morir reconciliados con la Idea comunista. Como la de los viejos cristianos, estas conversiones tardías comportan el mismo mensaje básico: hemos gastado nuestras vidas rebelándonos en vano contra lo que, en nuestro profundo interior, sabíamos todo el tiempo que era la verdad.<sup>18</sup>

Pese a las muy buenas intenciones con las que en los últimos años han intervenido intelectuales como Daniel Bensaïd o Terry Eagleton y cineastas como Alexander Kluge con su maravilloso documental *Nachrichten aus der ideologischen Antike – Marx/ Einsenstein/ Das Kapital* (2008), la *vuelta de Marx* que hoy se pregona, en lo fundamental posee algo de falso.

Está a las claras que en el marco de la crisis histórica de la fase tardía, transnacional, neoliberal y globalizada del capitalismo ante la que actualmente nos encontramos —crisis histórica cuyo mayor indicador tal vez sea la debacle económico-financiera de 2008-2009—, viene teniendo lugar un cierto *revival* del pensamiento de un Marx, al que se lo redescubre como el analista más

---

<sup>18</sup> Žižek, S., *Primero como tragedia, después como farsa*, Madrid, Akal, 2011, p. 180.

agudo y perspicaz del capitalismo moderno-occidental —vale decir, al que se lo redescubre cada vez más como el aceptable profeta pospolítico del capitalismo global. Ahora bien, lo que también está a las claras es que el *revival* aludido reifica las más poderosas armas con las que el marxismo cuenta para comprender y transformar la realidad. En efecto: con el Marx edulcorado que hoy *vuelve a la vida*, no regresa el pensamiento estratégico-táctico del marxismo que basándose en las experiencias históricas de las masas, siguiendo a Engels —pionero en la materia—, Lenin, Luxemburg, Trotsky o Gramsci contribuyeron a forjar para que los desposeídos pudieran llevar adelante nada más ni nada menos que la tarea de cambiar el mundo. La *vuelta de Marx* a la que hoy asistimos entraña la última fantasía posmodernista: un Marx sin organización, sin partido, sin programa, sin estrategia ni tácticas...

Tal vez sea cierto, como bien señala Žižek, que a los que pregonan esta *vuelta de Marx* lo mejor que puede decirseles es “¡no tengáis miedo, uníos, regresad! Ya habéis tenido vuestra diversión anticomunista y quedáis perdonados; ¡es hora de ponerse serios otra vez!”.<sup>19</sup> No obstante, lo correcto no sería aceptar con ello que *Marx ha vuelto*; contrariando lo que muchos creen, lo que una izquierda radical consecuente debería afirmar hoy más que nunca, es que *Marx ha muerto*. Pues frente a la falsa *vuelta de Marx* que hoy se proclama, resulta conveniente recordar qué fue lo que efectivamente murió o llegó a su fin de Marx con el colapso de la URSS: una experiencia en la que el proletariado logró tomar el cielo por asalto y parir el primer Estado obrero de la historia, pero que al poco tiempo se degeneró burocráticamente y terminó dando lugar a uno de los totalitarismos más sangrientos de todos los tiempos. Si se acepta esto, no sólo sería posible aceptar que otras experiencias podrían acaecer, sino también identificar *lo falso* de la actual *vuelta de Marx*: tirando al niño con el agua sucia, los que hoy afirman que *Marx ha vuelto* hacen pasar la parte por el todo, pues la *vuelta* en cuestión —como hemos dicho— en absoluto brega por la posibilidad de que nuevas experiencias emancipatorias tengan lugar.

De esta manera, señalando lo que ha muerto de Marx —en otras palabras, haciendo el *travail de deuil* correctamente—, sería posible privarse de promover esa suerte de retornos espectrales que no introducen ninguna *diferencia* significativa (pues con ellos *todo cambia*, para que en verdad *nada tenga que hacerlo*, para que *todo pueda seguir igual*) y, en consecuencia, poner en práctica una *verdadera repetición*. Confiamos que una indagación en la faceta obturada o cara oculta de la

---

<sup>19</sup> Žižek, S., *Primero como tragedia, después como farsa*, op. cit., p. 180.

obra de Friedrich Engels que persiga abiertamente el objetivo de dar cuenta del surgimiento del materialismo histórico, puede representar todo un aporte para que tal *verdadera repetición* tenga lugar. Sólo así, en definitiva, el marxismo podrá seguir viviendo.